

Alvino

F r a g m e n t o s

1

**L u i s G a r c í a
M o n t e r o**

**L O S D I A S
S I N
O B E D I E N C I A**

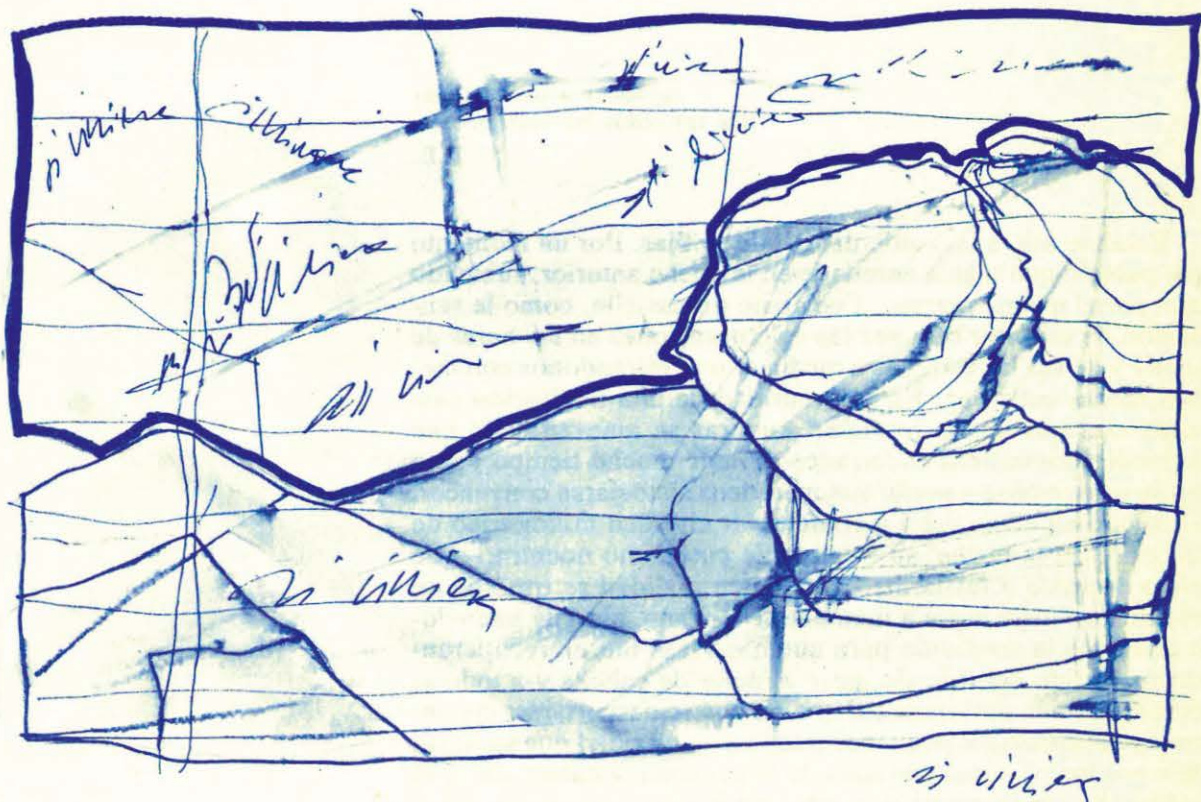
**I l u s t r a c i o n e s d e
M a r i a n o M a r e s c a**

Separata del n.º 10 de
OLVIDOS DE GRANADA

agradece a tus estrellas
que las cosas no sean peores.
L.B.

Estaban allí, a la izquierda, débiles y fijas. Por un momento me pareció que seguía enredado en la noche anterior, subiendo aún por el mismo regreso. Fue como un destello, como la sensación de soportar otra vez las aglomeraciones en los bares de moda y de ver las estrellas a media altura, mirándonos con menos fuerza cada vez. En la oscuridad de una habitación casi nada está quieto; las primeras sombras se mueven igual que animales domésticos encerrados durante mucho tiempo y uno no se acostumbra a seguir sus merodeos sin dejarse convencer. Envuelto en ellos, volví a contemplar el orden milimétrico de las once de la noche, su aspecto de catecismo nocturno o de cielo decidido a fusilarme. Aunque en realidad se trató de un momento; luego jugué a mantener el engaño, alargué intencionadamente la confusión para que mis ideas fuesen recuperando su sentido del ridículo, pese al dolor de cabeza y a todo lo demás. Con la paciencia del que no quiere despertarse, me entretuve mirando los pequeños intentos de claridad que se filtraban por los ojos mal cerrados de la persiana; estaban ahí, a la izquierda, sin iluminar el cuarto, sin buscar todavía las sábanas del suelo, pero haciéndose notar, débiles y fijas, como un niño pintaría por primera vez las estrellas.

Recobrar la conciencia con rapidez es un lujo exclusivo de los días laborales. A medias con la tregua del trabajo inmediato y con la resaca propia de los domingos de aquel tiempo, sólo me di cuenta de que estaba totalmente despierto mucho después de haber abandonado los ojos sobre el espejismo de la ventana. Recuerdo que incluso se me ocurrieron unos versos aceptables, y estuve dando vueltas con ellos hasta que el perfil silencioso que me rozaba se convirtió en la sorpresa definitiva. Quizás lo había estado acariciando sin extrañarme, sin darme cuenta exacta de lo que significaba. No había sentido hasta entonces el calor ajeno apoyado en mí, ni aquella respiración inalterable, que se repetía alargada y neutra en medio del ruido familiar de los coches, y que ahora me golpeaba a rachas frías en el hombro. Alguien estaba durmiendo a mi lado, imperceptible por la costumbre de la noche en común, dejándose notar con una servidumbre lenta y paralela a mi toma de conciencia. No sabía quién era; como la huella desconcertante de alguna



historia que no recordaba bien, un cuerpo ocupaba la mitad de mi cama. Esa fue la única certeza que tuve en todo el día. Hablando en serio, yo no esperaba a nadie aquel amanecer.

Una persona que se sabe nerviosa tiene que meditar todo lo que hace de manera distanciada y tranquilizadora; es el mejor método para darse conversación en los momentos insólitos. Aceptando dócilmente mi propio consejo, comprendí que debía someterme a un recuento de la situación. Ya no estaba borracho ni dormido, no veía el destello absurdo de las estrellas, la luz de la persiana se había doblegado a su realidad diaria, y sin embargo me era imposible ordenar la incógnita que dormía a mi lado, aún inexplicable, como el regalo de un desconocido o la última voluntad de un amigo muerto muchos años antes. Me inquietaba haber tardado tanto tiempo en descubrirlo y, sobre todo, seguir así, sin una confianza natural de la memoria, sin una excusa, ahora que la aparición empezaba a desequilibrarme de un modo alarmante. Llevé una y otra vez los posibles argumentos hasta el vacío de mi cabeza, y se me fue-

ron quedando allí, estrellados, demasiado débiles ante el deseo irracional de saber quién estaba conmigo o, por lo menos, de saber por qué estaba. El miedo a perder el control me suele intimidar con una ferocidad más dura que la de ningún otro miedo; pero, además, quería ponerle nombre a aquel cuerpo antes de que despertase, porque su anonimato me hacía infantilmente culpable, protagonista de la única falta que todavía era capaz de molestarme con sinceridad. Mitad víctima y mitad canalla de una infamia, disimulando los gritos de la ambulancia despavorida que corría por dentro de mí, me esforcé en no perder los nervios hasta que por fin se estabilizara, con la mayor discreción posible, el difícil cadáver de la realidad.

Cuando tuve que aceptar, pasado un tiempo poco calculable, que no se trataba de ningún olvido momentáneo, sino de una verdadera laguna personal, tomé la decisión de utilizar los métodos conocidos de hostigamiento a la memoria. Sentía la misma fe mecánica de los aventureros que dejan señales de tiza en las paredes antes de adentrarse en un laberinto, mientras provocaba asociaciones de recuerdos, palabras comunicantes, imágenes incompletas que volvían del pasado rebotando entre sí, incapaces de avanzar por aquel camino de detalles inexistentes. Luego, para empezar ordenadamente por el principio, me pregunté en dónde estaba; pero fue una pregunta demasiado artificial. La lejanía es una sensación muy abierta en mí, que me precede y me acompaña a todas partes con fidelidad. Era mi cama, no había rastro de algo parecido a una habitación de hotel, llaves prestadas, o unas sábanas previstas para terminar la noche: ¿Pero qué noche? Quise revivirla paso a paso, y todo lo que conseguí fue un mundo confuso que podía ser de siempre, la percepción quemada de la multitud, el color a hoja seca que ponen las copas de whisky sobre la mesa, los saludos a medias, amigos que seguramente estaban allí inmutables y de los que yo no sabía en realidad si eran personajes de una noche, o de anteayer, o simplemente personajes eternos, pegados a mí con una virtud o un defecto. Ningún detalle que sacar en claro, porque también se regresa de la misma manera casi siempre, con una reiteración de hábitos que jamás se me había aparecido de forma tan extraña. Las ciudades son idénticas cuando se las mira desde lejos, gaviotas de luz acobardada, alas que se mueven sin intención de volar y que levantan un mundo rutinario, una nube de polvo en la que es imposible encontrar las imágenes concretas que yo iba buscando. Aquella noche, a fuerza de ser la misma, había borrado todos sus nombres; mil caras vestidas a la moda, recordadas a la moda, se habían quedado sin una fecha que las sostuviese.



Debió ser parecido a estar en peligro de muerte, porque me asaltaron las escenas más importantes de mi historia corporal, como en un libro de ilustraciones lujosas abierto por el viento, y me sentí más solo. No vi la historia de una degradación, ni los pasos contados de una invitación al arrepentimiento; todo estaba en su sitio, y quizás fue eso lo que de pronto se me impuso, la incapacidad posterior de un desorden sincero entre las causas y los efectos, de una irrealidad vivida más allá de las cosas que se ven en su sitio. Los últimos esfuerzos inútiles por

recordar me dejaron, sin embargo, una duda más: en realidad no sabía el sexo del cuerpo que seguía durmiendo junto a mí. Alargué timidamente la mano, imitando los movimientos de cualquier persona dormida; frente a frente, una cabeza con el pelo corto, endurecida por los restos de fijador, se apoyaba en la almohada. Retengo todavía en los dedos la lentitud con que fui bajando sobre ella, el recibimiento hundido del cuello, la debilidad de los labios rozados casi por descuido, con miedo a ser demasiado brusco y demasiado claro. Nunca he tocado a oscuras una desnudez tan brillante. Como la posición de los hombros y los brazos me impedía el camino natural hacia el pecho, preferí no hacer un cambio violento y empecé de nuevo por otro sitio. Puse la mano en la cintura, que mantenía un calor ambiguo de agua estancada, y recorrí con curiosidad aquel costado, hundiéndome en la carne hasta adivinar dos pechos pequeños, vueltos hacia dentro, abandonados a la respiración de su dueña.

Pero de nada me sirvió reconocer los pechos de la mujer que tenía a mi lado, ni la memoria de haberlos buscado ansiosamente la noche anterior, porque no fui capaz de ponerle nombre a la historia que nos había traído de vuelta a casa. Con una inercia mecánica, dejé que mi mano se deslizara vientre abajo hasta quedar escondida en sus ingles, y allí estaba, descansando bajo la humedad de aquella tormenta áspera de verano, cuando mi acompañante anónima apretó un poco más los muslos y me preguntó: «¿Estás despierto?» y dijo mi nombre, besándome después y acariciándome la cara a tientas.

No fueron sus labios, sino su voz. Al oír mi nombre, reconocí quién era. Fue su voz, pronunciada como cuando se inicia una conversación interrumpida, la que desató los datos de la noche anterior, el bar del reencuentro, el pañuelo de seda negra en la mesa, el beso interminable de un ascensor de ocho pisos. En el portal, para rellenar con algo la torpeza de mis movimientos mientras buscaba las llaves, yo le había recitado unos versos del *Don Juan* de Lord Byron donde se habla piadosamente de las estrellas: «tu juventud está pasando no tan desagradablemente, y si la poseyeras de nuevo, volverías a desperdiciarla, así que agradece a tus estrellas que las cosas no sean peores». Ella se volvió para mirar al cielo y decir que no veía ninguna, y luego, riéndose, pintó una estrella en el espejo del ascensor con lápiz de labios, mientras yo apretaba el botón y decía en voz alta que su luz era un buen augurio para nuestro primer beso.

Antes de levantarnos volvimos a hacer el amor aquella mañana, de otra manera menos confusa y más comprometida. Pero las sábanas recibían tristes los primeros rayos de luz en el suelo y al verlas así me pareció que se cerraba eso que llaman una edad de la vida. Recordé otra mañana distinta en la que me había despertado la sensación de no estar solo, de haber pasado la noche junto a un nombre. Aquellas sábanas, siete años más tarde, fueron testigos de que uno suele despertarse sin saber al lado de quién duerme.

REVISTAS
DE GRANADA

Mensual de la cultura en Granada

O c t u b r e
1 9 8 5